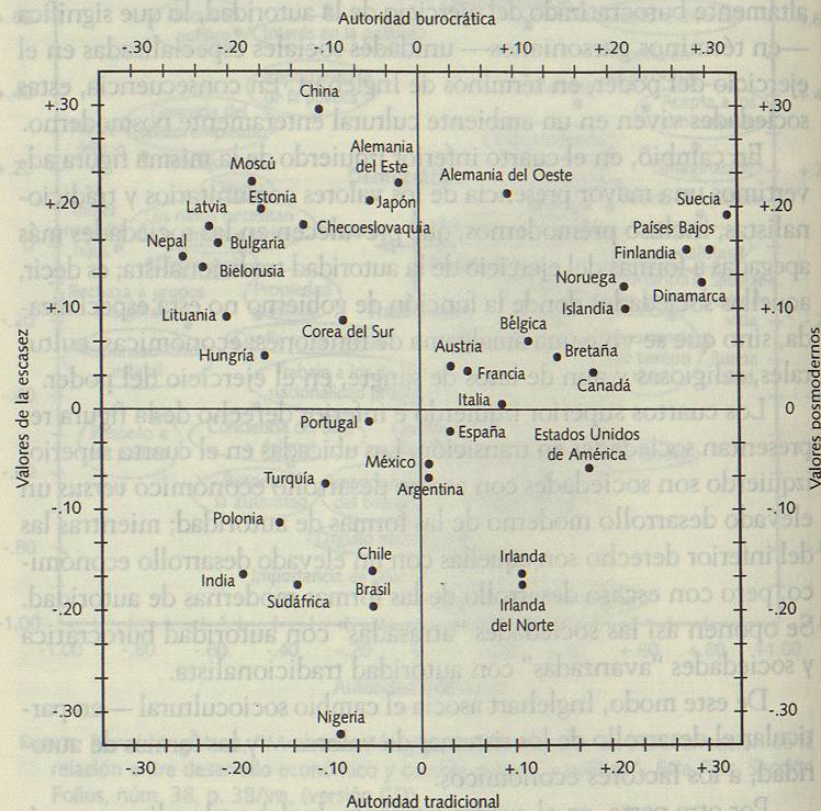


En esos países, sostiene Inglehart, son más importantes: los grupos de edad o de intereses, que las asociaciones políticas; la realización personal, que el éxito económico; los amigos y confidentes, que los padres y hermanos y, sobre todo, que los conciudadanos.

Cuadro 2. Inglehart: autoridad estatal y valores, por países



FUENTE: Ronald Inglehart, "Modernización y posmodernización. La transformación de la relación entre desarrollo económico y cambio cultural y político", *Este País*, Sección Folios, núm. 38, p. 38/VIII, (versión CD).

Como puede apreciarse, los países avanzados y económicamente poderosos que participaron en la encuesta se concentran en el cuarto superior derecho de la figura. Se trata de países con autoridad burocrática, es decir, no tradicionalista, y con desarrollo económico muy

elevado. Mientras en el cuarto inferior izquierdo aparecen los países más atrasados en ambos aspectos. Si reconocemos el tradicionalismo de Estados Unidos, no es de extrañar el lugar en el que aparece en la figura; y lo mismo vale para el caso de Irlanda.

El análisis de Inglehart encuentra también una relación —que se expresa en la figura— entre religiosidad y autoridad tradicional, y valores de la escasez; por esto encontramos en el cuarto inferior izquierdo, y en general en la parte inferior de la gráfica —de nuevo Estados Unidos e Irlanda—, países altamente religiosos; en tanto que los países con más desapego de las morales confesionales aparecen en el cuarto superior derecho.

Por supuesto que los países con un mayor atraso económico se encuentran en la parte inferior y hacia la izquierda; y los más desarrollados en la superior y, en general, hacia la derecha de la figura.

Ambas figuras reflejan claramente los rasgos del proceso de cambio sociocultural posmoderno. En ellas podemos advertir el tránsito o desplazamiento desde la visión del mundo de la modernidad —y aun de visiones del mundo más antiguas—, su antropología y su ética, hacia nuevas significaciones y nuevos modos de ver al mundo y de estar en él, vale decir, nuevas ideologías.

Son muchos los factores que marcan el cambio y por supuesto no se puede ignorar, en ningún intento de explicación, el importante papel que juegan los tremendos callejones sin salida generados a partir de los grandes fracasos del proyecto de la modernidad.

En este marco tienen lugar los proyectos de cambio educativo que discutimos en este trabajo y en los que se asume, acriticamente, la ideología neoliberal y los valores que la representan.

Se trata de propuestas de cambio que, al tiempo que intentan promover un papel más significativo de los procesos de formación de profesionales en el desarrollo económico del país, incorporan los valores de la competitividad, la eficiencia y la calidad; entendida ésta última como dominio del conocimiento más avanzado, de las habilidades y actitudes más favorables a los nuevos usos sociales del conocimiento. Incorporan también los valores de la solidaridad y el compromiso social propios de una concepción de lo educativo, más preocupada por el desarrollo social que por el económico. Así, estas propuestas

son modernas en determinados aspectos, mientras en otros resultan radicalmente posmodernas.

Por otra parte, esta combinación refleja el hecho de que entre el sistema de valores de la modernidad y el de la posmodernidad no hay una ruptura absoluta. En la sociedad y en la cultura contemporáneas, al mismo tiempo que se introducen nuevos valores y se abandonan otros, también se mantienen algunos que aparecen en el nuevo sistema, aunque con una jerarquía distinta a la que tuvieron antes.

De este modo, según como se plantean las propuestas en el proyecto neoliberal de cambio educativo, éste representa la apuesta de ciertos sectores sociales por la transformación de la educación; una apuesta que busca poner a tono la educación con los estándares internacionales y las llamadas “prácticas de clase mundial”, empujarla hacia el cambio posmoderno. De igual forma, en la representación discursiva de ese proyecto, la resistencia de determinados sectores a dichos proyectos representaría la fidelidad al proyecto educativo del liberalismo clásico; o la insistencia en alguno de los diversos proyectos que han tenido presencia en el ámbito nacional, y que ya hemos reseñado antes.

De acuerdo con las metas que se plantea explícitamente, el proyecto neoliberal de cambio educativo en México buscaría orientar los procesos de formación de profesionales haciendo de ellos un medio para el apuntalamiento de la articulación de nuestra economía y nuestra cultura a los parámetros y estándares internacionales del mundo globalizado. En este sentido, el proyecto educativo neoliberal promueve un sistema de valores distintivo del proyecto de sociedad del cual forma parte. Pero, en la medida en que el poder de este sector social enfrenta el de otros —a los que no se consigue acallar por completo—, que reivindican la justicia de orientaciones anteriores; se produce una situación en la que, junto a los nuevos valores, se mantienen algunos de los que dieron forma y sentido a los procesos educativos en México hasta la década de los ochenta del pasado siglo XX.

En la confrontación actual en torno a las finalidades en educación superior tenemos efectivamente dos visiones del mundo y de la vida social: una se apoya en un sistema de valores individualista y la otra en uno comunitarista. En esa discusión, este trabajo quiere reivindicar esta última posición como necesaria en la formulación de fina-

lidades en los proyectos de cambio educativo, y se coloca al lado de quienes reivindican un proyecto comprometido con la historia nacional y con la tradición humanista y comunitarista de la vida colectiva.

De este modo, lo que resulta objeto de discusión en las propuestas neoliberales posmodernas impulsadas por los sectores sociales más comprometidos con lo que Inglehart llama el “síndrome posmoderno” —dados sus intereses económicos, políticos o culturales— es el individualismo ético. Esa manera de ser individualista que, argumenta Victoria Camps:

...es característica de las sociedades más modernizadas, y que hace enormemente difícil el desarrollo de las virtudes públicas, cívicas o democráticas [...] nuestro individualismo [...] no se distingue —argumenta— por la veneración del ego [...] sino más bien por el desmembramiento de las sociedades en grupos.⁸

Por supuesto que el individualismo fue una creación de la modernidad; constituye la reivindicación del valor de la persona y tiene una repercusión importante en las nociones de “libertad” y “autonomía del sujeto”. Pero el individualismo entendido como obstáculo, el individuo falto de solidaridad, insensible hacia el sufrimiento de los marginados del desarrollo económico; el individuo sin interés por los asuntos públicos. La “escasez de ciudadanía”, sostiene Camps, es una ideología de las sociedades “avanzadas”:

Un mundo tan comunicado como el nuestro debería tener intereses más dispersos. Individualismo significa atomización, encierro en lo privado y desafección hacia lo público. Con lo cual la democracia se ve amenazada en sus propios cimientos.⁹

La modernidad, con sus descubrimientos y sus revoluciones, introdujo la tolerancia, la conciencia de la diferencia; abrió la puerta a la posibilidad del reconocimiento del otro; pero condujo también, como afirman Berger y Luckmann,¹⁰ a la crisis de sentido, a la confusión respecto del ideal ético con el que habría que comprometerse, y nos obligó a encerrarnos en nosotros mismos.

El individualismo ético posmoderno hunde sus raíces en la propia modernidad. En la ideología neoliberal están presentes valores que

son también centrales en la modernidad; sus teóricos reclaman, incluso, estar planteando una recuperación de los “verdaderos fundamentos del liberalismo clásico”, desvirtuados o corrompidos en el proyecto del Estado de bienestar social.

Sin embargo, es necesario tener claro que la propuesta ética del liberalismo clásico no colocaba a la comunidad y al interés común en el segundo plano, como lo hace el neoliberalismo. Menos aún lo hacen el proyecto del Estado de bienestar social o el proyecto socialista que, como proyectos de reforma del liberalismo, precisamente reivindicaban los aspectos comunitaristas de la concepción liberal de la vida social.

En nombre de esa supuesta recuperación del “espíritu” liberal clásico, el neoliberalismo critica la interpretación que el *Welfare State* y los “totalitarismos” socialistas tienen de las responsabilidades del Estado para con los sectores sociales más desfavorecidos, entendiéndolas como “interés nacional”, “bienestar social”, “revolución social”, etcétera.

El neoliberalismo reivindica la idea de que la sociedad existe para la realización individual, y al ser el terreno de esa realización, debe aportar los elementos que la hagan posible, como si el individuo fuera anterior a la existencia de la sociedad. “El individuo, se siente más seguro en la piel de burgués que en la de ciudadano”.¹¹ Por su parte, socialdemócratas y socialistas plantean que el individuo y la sociedad son uno solo, que el individuo se constituye en la sociedad y a ella se debe. La acción de los individuos da lugar a la existencia de la comunidad, y en ella se realizan valores como solidaridad, identidad nacional, bien común, que antes que servir al individuo, la sirven a ella misma como entidad superior.

Como hemos dicho, en el neoliberalismo se encuentran los mismos valores de la visión del mundo del liberalismo, pero jerarquizados de distinto modo y, por tanto, constituyen, de hecho, otra visión del mundo; en ella se apuntala una idea de la vida social cuya orientación principal no es la realización de valores comunitarios, sino individualistas.

La crisis posmoderna de la comunidad ética y democrática como valor

Según hemos señalado a propósito de los resultados de la encuesta mundial de valores, en la actualidad nos encontramos frente a una situación social en la que el sentido de pertenencia a la comunidad ha entrado en crisis como resultado del individualismo extremo, que cobra preeminencia en el preferir del hombre posmoderno.

Frente a esta situación, algunos intelectuales se orientan definitivamente en la dirección de recuperar la utopía moderna o clásica aristotélica que reivindica a la comunidad actuante de la sociedad democrática; este tipo de intelectuales: “viven hoy una nostalgia de ciudadanía republicana”, que se expresa en el hecho de que a la concepción liberal individualista de la ciudadanía contraponen otra comunitario-republicana recuperada de la democracia griega y de las repúblicas italianas del renacimiento que “concebían la participación política en el autogobierno como esencia de la libertad”.¹²

Otros intelectuales, en una perspectiva menos terrenal, reivindican los valores de la tradición judeo-cristiana, que define a la comunidad como “naturalmente” dada, y producto del reconocimiento del otro como parte de mí mismo.

Lo que enfrenta hoy dificultades especiales es el intento de recuperar la comunidad democrática desde la concepción moderna de “ciudadanía”; es decir, el propósito de hacer que al significante “comunidad ético democrática” corresponda el significado:

...todo individuo o grupo de los que componen la sociedad puede hacerse presente en la toma de decisiones y en el gobierno de la vida colectiva, participando activamente en la construcción del bien común, obteniendo de ello beneficios tangibles.¹³

No sólo es el carácter abstracto del concepto; sino también el hecho de que las situaciones y circunstancias concretas de la práctica social contemporánea son muy distintas de las típicas de la modernidad decimonónica. Hoy día la vida de la comunidad involucra actores y sujetos sociales que no se ajustan al concepto abstracto de “ciudadano”, ni existían en el momento en que se desarrolló la concepción de

la democracia como "igualdad ante la ley" y "libertad individual" de participación.

Es un hecho que, a lo largo de la segunda mitad del pasado siglo XX, se perfilaba un desvanecimiento de la relevancia social de las nociones modernas de "comunidad", "ciudadanía" y "democracia". En el presente, muchas voces han enfatizado la inviabilidad de dichas nociones y han proclamado su desencanto respecto a la cultura moderna, su visión del mundo, sus estructuras sociales y sobre todo sus promesas de libertad, bienestar y felicidad.

En contra de la idea de un ciudadano único, universal, abstracto, que la modernidad proponía para entender las relaciones sociales, lo que indubitadamente vivimos es la diversidad, el imperio de la diferencia, el avasallamiento del interés general, y el desencanto respecto a los valores y "promesas" de la modernidad. En contra de la abstracta definición ilustrada del individuo, y de sus derechos y libertades igualmente abstractos, lo que hoy enfrentamos es la aplastante realidad de la diversidad étnica, racial, identitaria y sociocultural.

La diferencia está en auge, es un signo de calidad. Significa distinción, poder y atributos para distanciarse de lo masivo. Es la expresión de la aristocracia en nuestro tiempo [...] se ha ido creando una ideología de lo individual y la diferencia como resultado de la exacerbación de la crítica de la modernidad y la ilustración.¹⁴

La crítica radical del carácter mítico de los fundamentos y de las esperanzas y el deterioro de la calidad de vida de numerosas personas en el mundo, han generado un desencanto y un pesimismo que parece cobrar mayor presencia entre nosotros.

Para el individuo posmoderno sólo resulta importante no sujetarse a todo lo que contravenga a su interés; se trata sólo de estar bien y disfrutarlo todo, desde la sensualidad y la sensoriedad, mientras dure.

Se ha impuesto así, según apuntamos antes, el síndrome cultural posmoderno¹⁵ que caracteriza el abandono del sistema de valores que fue clave en el surgimiento de la sociedad industrial: el éxito económico, la racionalidad, la sujeción a la voluntad mayoritaria en la conducción de la vida colectiva, la idealización del progreso y el avance de la ciencia, han perdido importancia para estos nuevos ciudadanos que hoy prefieren subordinar el crecimiento económico a la protec-

ción del ambiente; que privilegian la realización personal frente al éxito económico o el imperio de la voluntad general.

La autoridad jerárquica, la centralización y la grandeza del Estado —sostiene Inglehart— han caído bajo sospecha y han alcanzado el punto en que su eficiencia se vuelve menor y resultan menos aceptables. La mentalidad posmoderna refleja una disminución creciente de la importancia que se acredita a toda autoridad y una pérdida de la confianza en las instituciones burocráticas y jerárquicas típicas del Estado moderno.

Frente a esta situación, Camps¹⁶ considera que, efectivamente, es necesario valorar y reivindicar los logros de la modernidad que han significado un avance histórico, tales como la individualidad, la privacidad, la libertad, la autonomía y la diferencia; pero que no podemos desentendernos de la necesidad de la convivencia:

No hemos sabido conjugar la libertad cooperante y participativa de los antiguos con la libertad independiente de los modernos [...] Al buscar la autorrealización en lo puramente privado, el individuo tiende a desprenderse de todas las ataduras sociales [...] no hay forma de unir a los individuos en torno a proyectos comunes.¹⁷

En estas condiciones, si puede hablarse hoy día de comunidad democrática no será para referirse a los mismos valores abstractos: "Estado de derecho", "igualdad ante la ley", "respeto a la voluntad mayoritaria", que perdieron su sentido junto con la pérdida de eficacia de los "grandes relatos" de la modernidad. Habrá que concebir e impulsar otros que contemplen la heterogeneidad, la diversidad y la posibilidad de que los intereses y expectativas minoritarias —que nunca serán mayoritarias— puedan ser realizados en la vida colectiva y en la ley. Otros valores que sean garantía del respeto de la diferencia y del enriquecimiento de la vida colectiva a partir de ella, en la medida en que ésta dé lugar a valores universalizables.

En un curso ofrecido en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, José María Mardones destacaba el potencial democratizador de movimientos sociales, como los de desobediencia civil, porque son movimientos que, sin afectar al marco constitucional y sin violencia, "eticizan" a una sociedad democrática; ya que ponen en cuestión el sentido de jus-

ticia de la mayoría e invocan los mismos fundamentos democráticos en que se apoya la sociedad.

La crítica de la injusticia —decía Mardones, en esa ocasión— es una especie de “sanación ética” y constituye un ejercicio de formación de la voluntad general. Es decir, de conformación de nuevas normas y principios para la interacción social.

A diferencia del pensamiento ilustrado en el que las normas —en cuanto encarnaciones de la razón— están fijadas de una vez y para siempre; las normas que resultan de esa crítica serán una construcción colectiva que se ha universalizado porque responde a los intereses de todos.

A partir de estos planteamientos, Mardones formulaba un concepto de democracia en el cual sólo son éticas las relaciones simétricas entre los individuos; aquéllas en que se realiza el principio de la universalidad, tanto la universalidad del respeto mutuo, como la universalidad de la autonomía de las personas.

NOTAS

- 1 Octavi Fullat, *Filosofías de la educación*, CEAC, 1995.
- 2 Adela Cortina, *Alianza y contrato. Política, ética y religión*, Madrid, Trotta, 2001.
- 3 Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, México, Porrúa, 1975.
- 4 *Ibid.*, I, p. 2.
- 5 Norbert Bilbeny, *La revolución en la ética. Hábitos y creencias en la sociedad digital*, Barcelona, Anagrama (col. Argumentos), 1997.
- 6 *Ibidem.*
- 7 Ronald Inglehart, “Modernización y posmodernización. La transformación de la relación entre desarrollo económico y cambio cultural y político”, *Este País*, Sección Folios, núm. 38, p. 38/VIII (versión CD), México, 1994.
- 8 Victoria Camps, *Paradojas del individualismo*, Barcelona, Crítica (col. Drakontos), 1993, p. 11.
- 9 *Ibid.*, p. 14.
- 10 Peter Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- 11 Victoria Camps, *Paradojas del...*, *op. cit.*, p. 21.
- 12 Victoria Camps, “La identidad ciudadana”, extracto de conferencia en *El País Digital*, 26 de abril de 2000.
- 13 *Ibidem.*
- 14 Victoria Camps, “La universalidad ética y sus enemigos”, en Salvador Giner y Ricardo Scartezzini (eds.), *Universalidad y diferencia*, Madrid, Alianza, 1996, p. 137.
- 15 Ronald Inglehart, “Modernización y posmodernización...”, *op. cit.*
- 16 Victoria Camps, “La universalidad ética...”, *op. cit.*, p. 138.
- 17 *Ibid.*, p. 140.

RECAPITULACIÓN SOBRE LOS FUNDAMENTOS TEÓRICO-CONCEPTUALES

En estos tres capítulos —respectivamente referidos a tres núcleos de problemas—, hemos desarrollado algunos de los elementos teóricos y conceptuales que nos permiten interpretar al discurso neoliberal de cambio educativo y su “ideología de la sociedad competitiva”, como una ideología de la cultura posmoderna en la que se expresa un sistema de valores individualista.

En la primera línea temática, expuesta en el apartado sobre las categorías analíticas, hemos partido de una conceptualización de la cultura como creación humana y como producción de significados; arribamos enseguida a la noción de “ideología” como uno de los espacios de esa producción y como discurso enmascarado cuya función es legitimar un proyecto de sociedad y unas determinadas relaciones de poder.

También hemos retomado un concepto de “cultura” como construcción colectiva de universos simbólicos; es decir, como producción y reproducción constante de universos significativos que orientan y dan sentido a la existencia concreta de los individuos y las comunidades en función de correlaciones de fuerzas en torno al poder. Hemos reconocido la presencia de visiones del mundo divergentes al interior de una cultura y la existencia de relaciones de conflicto o lucha entre ellas; y, por tanto, evidenciamos el hecho de que uno de los resultados de esa producción significativa es que las ideologías se constituyen en medios de apuntalar o combatir relaciones de poder.

Vimos además que, relacionado con ese concepto de “cultura”, es posible otorgar un lugar muy importante al lenguaje en la construcción y sostenimiento de las relaciones de poder; que la práctica

discursiva constituye un medio fundamental de la legitimación o el combate a la visión del mundo dominante en una cultura.

En la segunda línea de reflexión, expuesta en el apartado relativo a la génesis de la “ideología de la sociedad competitiva”; partimos de la idea de que cada cultura comporta un sistema de valores expresado en su visión del mundo, para explicar el paso de la modernidad a la posmodernidad como el tránsito de un sistema de valores relativamente comunitarista a otro, fundamentalmente individualista.

Hablamos ahí de la modernidad como un sistema sociocultural cuya visión del mundo y sistema de valores se constituyó en el marco de la lucha contra el existente en la Edad Media. Encontramos que, en el discurso moderno, quedaron incorporados, como parte fundamental del proyecto ético-político del liberalismo, los valores de libertad, democracia y emancipación frente al poder absoluto; la racionalidad como instrumento de dominación de la naturaleza y de liberación del sujeto respecto de la superstición y el fanatismo; la educación como instrumento de cohesión social y de impulso a la libertad, el progreso y la justicia social.

Desarrollamos la idea de que la cultura posmoderna y su discurso neoliberal que promueven una nueva ética, se constituyen a partir del fracaso de ese proyecto y tienen en la “ideología de la sociedad competitiva” una de sus expresiones fundamentales. Vimos cómo, en esa “nueva situación social”, esta ideología se convierte en discurso de cambio educativo para las instituciones de educación superior en el mundo, en particular en México.

En la tercera línea temática, expuesta en el apartado relativo al sistema de valores de la “ideología de la sociedad competitiva”, partimos de una conceptualización de la ética y los valores. Realizamos una caracterización del sistema de valores de la posmodernidad como ética individualista, nacida de la crítica a la del liberalismo clásico, el Estado de bienestar social y el “socialismo real”.

Presentamos ahí la idea de que la ética individualista posmoderna abandona y critica los valores de la modernidad — como los señalados más arriba — y levanta contra ellos una propuesta en la que lo individual y lo colectivo se articulan en torno a los valores de productividad, eficiencia, competitividad, responsabilidad individual y realización personal.

En el marco de estas tres líneas de problemas se inscribe este trabajo. El cual, como exponemos en la introducción, se ocupa de reflexionar sobre el proyecto neoliberal de cambio educativo en México como expresión de la “ideología de la sociedad competitiva”; como un discurso a través del cual se legitiman la “nueva situación social” posmoderna, la axiología individualista de esa ideología, y las relaciones de poder existentes y sus sujetos sociales.

De todo esto se desprende el siguiente esquema de la fundamentación.

Esquema de la fundamentación teórico conceptual

